

EL MALESTAR DEL SUR¹

La llegada de la Administración de Bush ha dado lugar a una extraña mutación en los debates en torno a las instituciones financieras mundiales, mientras que economistas de centro-izquierda, renacidos especuladores europeos y ONG se precipitan a defender las admirables virtudes «multilaterales» de instrumentos que desde hace mucho tiempo sirven para promover los intereses y la primacía del capital estadounidense. No se niega en estas intervenciones que haya problemas con el FMI, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio; pero se aduce que mayores cotas de transparencia y responsabilidad, un mayor esfuerzo de consulta, y una flexibilidad y sensibilidad incrementadas hacia el medio ambiente y otros «bienes públicos» podrían ayudar a transformarlas en agencias beneficiosas para el objetivo de un crecimiento económico más redistributivo.

En su nuevo libro, *Deglobalization*, Walden Bello rechaza categóricamente tales placebos. Bello, uno de los más destacados activistas del movimiento contra la globalización de las corporaciones y cofundador de Focus on the Global South, ha consagrado las dos últimas décadas al análisis del funcionamiento del capitalismo contemporáneo, estudiando detenidamente el papel de Estados Unidos y de las instituciones internacionales en la imposición de la voluntad del Norte sobre el mundo en vías de desarrollo. Aunque por regla general la izquierda dedicó escasa atención a las instituciones financieras capitalistas durante la Guerra Fría, el interés por las mismas de Bello se remonta a mediados de 1970, cuando comenzó a investigar el papel desempeñado por los préstamos del Banco Mundial en el apuntalamiento del régimen de Marcos. Desde entonces, su trabajo ha emprendido una doble trayectoria, que combina la oposición activa al imperialismo estadounidense en su Filipinas natal con el estudio minucioso de las actividades del Banco Mundial y del FMI en el Tercer Mundo. En este libro sintetiza y al mismo tiempo retoma su trabajo anterior, elaborando una crítica argumentada del sistema codirigido por el

¹ Walden BELLO, *Deglobalization: Ideas for a New World Economy*, Londres, Zed Books, 2002, 132 pp.

Tesoro estadounidense, el FMI, el Banco Mundial y la OMC, antes de pasar a proponer sus propias alternativas. Los análisis y las propuestas de acción de Bello son gratamente claras y directas, a la par que proporcionan una valiosa exposición de la nueva subordinación del Sur durante el último cuarto de siglo. Recomendamos *Deglobalization*, sobre todo, por la vigorosa energía con la que presenta su proyecto de oposición.

Bello comienza con un bosquejo de la coyuntura global, en el que defiende que el actual orden mundial se enfrenta a «seis crisis de legitimidad concomitantes». El sistema multilateral a cuyo través Estados Unidos se aseguró su posición dominante después de la Guerra Fría se ha visto gravemente minado por el frecuente recurso al unilateralismo por parte de la Administración de Bush. Mientras tanto, a raíz de la crisis asiática y del derrumbe argentino, la sabiduría de las políticas neoliberales ha sido puesta en tela de juicio por una serie de sectores que no se habían pronunciado hasta la fecha. Las revelaciones del fraude de Enron y de otras empresas han dado lugar a críticas generalizadas a las corporaciones, que son las fuerzas motrices y las principales beneficiarias de la globalización. Por debajo de estas evoluciones a corto plazo yacen otras tres fuentes potenciales de inestabilidad, que hunden sus raíces en tendencias a largo plazo: el vaciamiento de la democracia liberal; el aumento del uso de la fuerza militar por parte de Estados Unidos para mantener su superioridad desde el final de la Guerra Fría, y la caída de la economía mundial en una depresión, al mostrarse incapaz de escapar de la crisis de rentabilidad. El capitalismo global, sostiene Bello, se enfrenta en la actualidad a numerosos problemas e incertidumbres, lo que supone una oportunidad para que las fuerzas progresistas presenten una perspectiva alternativa para un orden mundial democrático, igualitario y sostenible.

Bello ofrece una animada narración de las vicisitudes del mundo poscolonial —el «Sur global»— dentro del orden económico internacional que surgió de la conferencia de Bretton Woods. Durante el *boom* posterior a la Segunda Guerra Mundial, mientras las grandes potencias se concentraban en los imperativos estratégicos de la Guerra Fría, los nuevos Estados independientes del mundo en vías de desarrollo dispusieron de un grado de libertad sin precedentes para desarrollar políticas de desarrollo dirigidas por el Estado y respaldadas por la Conferencias de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). El economista argentino Raúl Prebisch, primer director de la UNCTAD, propuso una serie de medidas para contrarrestar la subordinación del Sur al Norte —un límite inferior para los precios de las mercancías, tarifas preferentes para los productos del Tercer Mundo, un aumento de la «ayuda externa» que debía considerarse más como una compensación que como una serie de préstamos depredadores— que dieron lugar a un periodo de marcado desarrollo económico en muchas partes del Sur, por más sesgado o «dependiente» que fuera este desarrollo. Como señala Bello, incluso durante el supuesto apogeo de la influencia de la UNCTAD, las propuestas encaminadas a la creación de un Fondo Especial de Desarrollo de Naciones Unidas se encontraron

con una dura resistencia. En su lugar, en 1960 la Asociación Internacional por el Desarrollo fue creada bajo los auspicios del Banco Mundial, mientras que Naciones Unidas se veía obligada a repartir migajas de asistencia técnica a través del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

A mediados de la década de 1970 se asistió a un cambio definitivo en las relaciones Norte-Sur, que señala el comienzo de una ofensiva del Norte para recuperar las pocas ganancias que habían podido conseguir las elites del Sur en las décadas anteriores. La era de los tipos de cambio flotantes inaugurada con el abandono del patrón-oro por parte de Estados Unidos en 1973 condujo a la creación de inestabilidades crecientes en el Tercer Mundo, que hicieron que muchos Estados cayeran vertiginosamente en la servidumbre de la deuda. La crisis de la deuda del Tercer Mundo en 1982 dio la oportunidad a Estados Unidos de irrumpir en los mercados del Sur y dismantelar los capitalismo de Estado locales en favor de sus propias corporaciones. La UNCTAD quedó marginada: Estados Unidos consiguió sofocar los llamamientos en favor de la cancelación de la deuda y de otros programas de estimulación en la reunión de la UNCTAD celebrada en 1983 en Belgrado, hasta el punto que a principios de la década de 1990 había conseguido privar a esta institución de toda voz en el funcionamiento del GATT [Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio] (un conjunto poco preciso de acuerdos comerciales que entró en vigor en 1947, después de que Estados Unidos bloqueara los planes para la creación de una Organización Internacional del Comercio, considerada como el «tercer pilar» del sistema de Bretton Woods). A través de los «programas de ajuste estructural» y de las condiciones de préstamo del FMI y el Banco Mundial, Estados Unidos impuso las políticas neoliberales de lo que ha venido a conocerse como el *Washington Consensus*. Irónicamente, la doliente economía estadounidense se vio favorecida por el excesivo endeudamiento en el mercado mundial de bonos a expensas del Tercer Mundo, que, a su vez, permitió al FMI y al Banco Mundial poner en marcha una nueva ronda de políticas de ajuste estructural. A finales de la década de 1980, más del 70 por 100 de los países del Tercer Mundo estaban bajo la disciplina del FMI y el Banco Mundial.

Clinton y Rubin dieron el toque final a la actual arquitectura económica global en 1995 con la creación de la OMC. El impulso en favor de su creación fue el resultado del reconocimiento por parte de Washington de que su ventaja sobre las economías asiáticas recientemente industrializadas (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur) quedaría mejor preservada gracias al «libre comercio» y a un sistema que contara con mecanismos ejecutivos más fuertes que los del GATT. Una vez en vigor, la OMC cerró realmente el ciclo neoliberal, estableciendo que los futuros miembros habrían de contar con la aprobación previa del FMI y el Banco Mundial. No tardó en estar en condiciones de exigir acuerdos comerciales profundamente perjudiciales a economías que ya habían sido abiertas a la fuerza por las políticas del Banco Mundial y del FMI: el TRIMS

[Acuerdo sobre las Medidas de Inversión relacionadas con el Comercio] puso fin a las políticas de contenido local; el TRIPS consagró los derechos de propiedad intelectual de las multinacionales del Norte; a su vez, el Acuerdo sobre la Agricultura abrió los mercados del Sur a los productos agrícolas ampliamente subvencionados del Norte. No se consiguieron arrancar tales concesiones al mundo desarrollado: como observa Bello: «el grado de subvención total de la agricultura en los países de la OCDE pasó de 182.000 millones de dólares en 1995, cuando nació la OMC, a 280.000 millones de dólares en 1997 y a 362.000 millones en 1998». Estados Unidos se sirvió de la OMC como de una herramienta política indispensable para tentar a las elites rusas y ahora a las chinas con el ingreso en la misma, en tanto que aliciente para que se separaran de sus respectivas clases populares.

Bello expone sucintamente los mecanismos formales e informales mediante los cuales el Sur es excluido de los procesos de toma de decisión de las instituciones multilaterales. Con el 17,6 por 100 de los votos en el Banco Mundial y el 19 por 100 en el FMI, Estados Unidos conserva el poder de veto sobre las decisiones de préstamo; los países desarrollados en su conjunto pueden bloquear toda decisión que requiera una mayoría. Sin embargo, rara vez se vota en el FMI, que tiende a funcionar mediante un consenso que en la práctica tan sólo ha servido para potenciar los intereses de Estados Unidos. Bello no pasa por alto la influencia de la localización y de la dotación de personal de estos organismos –ambos con sede en Washington, dotados de un personal educado en su inmensa mayoría en Estados Unidos– sobre su ideología y su cultura institucional. Aunque se encuentre en suelo suizo y sea descrita por sus defensores como una organización que funciona con arreglo al sistema «un miembro, un voto» como la Asamblea General de Naciones Unidas, la OMC está dominada a su vez por una ideología de factura estadounidense y funciona con arreglo a un procedimiento igualmente turbio: las decisiones últimas son tomadas en las reuniones celebradas en la «Sala verde» por los representantes de veinticinco países y cuya agenda y composición son decididas en su mayor parte por representantes de Estados Unidos, la Unión Europea, Japón y Canadá.

Bello ofrece una buena descripción de la ineptitud del FMI durante la crisis asiática de 1997-1998 y de la debacle rusa, que en 1998 obligó al Congreso estadounidense a crear una comisión –presidida por el economista neoconservador Allan Meltzer– encargada de investigar el papel de las instituciones internacionales. Su informe, presentado en marzo de 2000, se limitó a cumplir los objetivos más fáciles que podía acometer, observando, por ejemplo, que más de dos tercios de los préstamos del Banco Mundial iban dirigidos a sólo once países, ninguno de los cuales se encuentra entre los más pobres, pero que en su conjunto mantienen buenas relaciones con el Departamento de Estado estadounidense. Aunque los préstamos a los países más pobres presentan un alto índice de impago, nunca se consideró la posibilidad de la concesión de subvenciones.

Mientras tanto, el mantra de la promoción de la «buena gobernanza» y de sus proscipciones medioambientales que repite el Banco Mundial demostró no ser más que un escaparate, ya que concedió préstamos de más de 30.000 millones de dólares al régimen de Suharto, por un lado, y un apoyo incondicional a proyectos tales como el oleoducto Chad-Camerún.

A finales de la década de 1990, habían surgido los movimientos contra el neoliberalismo, desde Cochabamba hasta Soweto y Papúa Nueva Guinea. Sin embargo, la preocupación más apremiante para la elite global fue el derrumbe del *Washington Consensus* en América Latina, siendo el desplome argentino el más impresionante de una serie de reveses para el neoliberalismo que incluyen a Brasil, el país más poblado del subcontinente, y Venezuela, uno de sus principales productores de petróleo. Los centristas se precipitaron para apuntalar el orden existente, incluyendo a figuras como Joseph Stiglitz, ex funcionario del Banco Mundial que alienta una mayor transparencia y una mayor rendición de responsabilidades en el FMI. Debería haber, argumenta Stiglitz, mayores consultas con los países en vías de desarrollo antes de imponerles planes punitivos de ajuste estructural; el mundo desarrollado debería tal vez ser un poco más flexible a la hora de conseguir el libre comercio y la liberalización de las cuentas de capitales. Además, Stiglitz sostiene que debería darse mayor importancia a la creación de sanas instituciones liberales antes de proceder al desmantelamiento del sector público, una condición que ahora comparten otros, tales como Jeffrey Sachs, como un *mea culpa* por su contribución a la parranda de los oligarcas en Rusia. Entre las propuestas adicionales para la reforma y la estabilización del sistema actual –lo que Bello denomina la «vuelta a la escuela de Bretton-Woods»– se cuentan la Tasa Tobin y la creación de instituciones regionales, como el Fondo Monetario Asiático, sugerido por los japoneses como respuesta a la crisis asiática.

Ni corto ni perezoso, George Soros ha planteado propuestas interesadas que llaman a un impulso similar para rescatar al capitalismo mediante ajustes cosméticos del statu quo. Las organizaciones internacionales existentes dedicadas a los «bienes públicos», como la OIT y las agencias medioambientales, deben ser reforzadas, sugiere Soros. Sin embargo, no deben disponer de ningún poder regulador o coercitivo, por lo que este régimen compensatorio no podría conseguir más que una «sumisión voluntaria». Mientras tanto, James Wolfensohn y el Banco Mundial simplemente deben gozar de más tiempo para hacer lo más posible por los pobres del mundo. Finalmente, Soros recomienda que el actual sistema de ayudas sea descartado en favor de unos Derechos Especiales de Giro que serían administrados por el FMI, lo que supondría no tanto un aflojamiento de la soga con la que el Norte somete al Sur como un cambio de cuerda.

Las fuerzas de la derecha defendieron una revisión más seria de las instituciones internacionales, pero dejaron a un lado toda idea de hacerlas

más democráticas. Una propuesta abogaba por la creación de un Consejo de Seguridad Económica, paralelo al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que armonizaría los «objetivos, funciones y atribuciones» del FMI, el Banco Mundial y la OMC y prescindiría de la UNCTAD y de la Organización para el Desarrollo Industrial de Naciones Unidas. La idea no encontró apoyos ni en el Norte —ya que tan sólo contribuiría a disolver el poder de las estructuras que ya están firmemente en manos de Washington y de sus naciones desarrolladas aliadas— ni en el Sur, ya que reduciría el ya escaso poder de decisión con el que cuenta. El Informe Meltzer, que obtuvo cierta credibilidad dentro de la Administración de Bush, propone el mantenimiento del poder del Norte sobre el Banco Mundial y el FMI, aconsejando sin embargo la reducción de su tamaño y de sus atribuciones. El último pasaría a convertirse en prestamista en última instancia de Estados que padezcan una crisis de liquidez, propuesta formulada a pesar de que el mismo informe llegaba a la conclusión de que el Fondo había fracasado estrepitosamente precisamente en esta tarea. El informe insistía también en que los préstamos sólo deberían concederse a naciones que cuenten con mercados abiertos de capitales, lo que exacerba el problema que supuestamente habrían de resolver los préstamos, a la par que mina la soberanía de la nación deudora, una acción de la que el informe mismo acusaba al FMI. Por su parte, las funciones del Banco Mundial debían trasladarse a bancos regionales de desarrollo, mientras que el Banco Mundial pasaría a convertirse en Autoridad para el Desarrollo Mundial con funciones de organismo prestamista. Sin embargo, como señala Bello, tanto la propuesta Autoridad para el Desarrollo Mundial como los bancos regionales conservarían la ideología y el desequilibrio estructural entre el Norte y el Sur que ha caracterizado a la organización madre, reproduciendo, pues, las mismas políticas con sus consecuencias destructivas.

Tras haber expuesto las alternativas que ofrecen las distintas tendencias de las élites dirigentes, Bello formula sus propias recomendaciones. Sirviéndose de los tropos de *La estructura de las revoluciones científicas* de Kuhn, renuncia a las ptolemaicas reformas de compromiso, que dejarían intacto el conjunto del orden económico internacional, y propone en su lugar una revolución copernicana: el desmantelamiento de estas instituciones. El FMI, sostiene Bello, debería ser transformado en una organización dedicada a la investigación que analice y documente los flujos de capitales y las fluctuaciones de los tipos de cambio, pero que carezca de capacidad para hacer préstamos o dictar políticas; del mismo modo, el Banco Mundial debería ser despojado de sus prerrogativas crediticias, descentralizando el desembolso de préstamos a instituciones regionales cuyas políticas sean el fruto de un procedimiento democrático y participativo. El método propuesto por Bello para castrar al FMI y al Banco Mundial consiste en atacar su sustento: «Boicotear los bonos del Banco Mundial, rechazar la atribución de nuevas atribuciones de gestión de fondos a la Asociación Internacional para el Desarrollo (AID) y oponerse al aumento de las cuotas en el seno del FMI».

Sin embargo, para Bello el objetivo más importante e inmediato es la OMC, y a tal objeto sus indicaciones prácticas forman un conjunto de una concreción arrolladora. El autor identifica como el talón de Aquiles de la organización su procedimiento de «búsqueda del consenso» para llegar a tomar las decisiones, proponiendo a los activistas que concentren sus energías en hacer descarrilar el Quinto Encuentro Ministerial en Cancún el próximo septiembre. Para hacer retroceder la marea de la liberalización, en primer lugar debe detenerse su impulso asegurándose de que no se firmen nuevos acuerdos. Las tácticas posibles incluyen la exacerbación del conflicto entre Estados Unidos y la Unión Europea; el trabajo con las delegaciones del Sur para resistirse a toda negociación sobre aranceles, inversiones, facilidades comerciales, políticas de la competencia o normas de cooperación por parte de los gobiernos; apartar las discusiones de la cuestión de nuevos acuerdos comerciales, trasladándolas a la cuestión de la implementación de las actuales políticas de la OMC; movilizaciones de base para hacer presión sobre gobiernos individuales; y, por último, acciones de masas durante las reuniones mismas de la OMC, en Ginebra y Cancún.

En sus propuestas para un orden económico internacional más equitativo, Bello sigue el ejemplo de Polanyi, sosteniendo que nuestros esfuerzos deben dirigirse a la «reincrustación de la economía en la sociedad, en vez de que la sociedad se vea arrastrada por la economía». La clave de este proceso reside en «un doble movimiento de “desglobalización” de la economía nacional y de construcción de un “sistema pluralista de gobernanza económica global”». El primer movimiento contempla economías orientadas hacia la producción local en vez de a la exportación; la inversión de capitales autóctonos; la redistribución de la tierra y de la renta; la participación democrática y la responsabilidad en el diseño de la política económica; la supervisión de los sectores público y privado por parte de la sociedad civil; la promoción de empresas cooperativas y públicas; y, por último, la «consagración del principio de subsidiariedad en la vida económica». Se trata de una agenda ambiciosa, pero sus componentes han sido puestos a prueba en muchas partes del mundo: los presupuestos participativos de Porto Alegre; las ecocomunidades sustentables en Gaviotas, Colombia; el comercio justo entre consumidores del Norte y agricultores del Sur; y, por último, las micromonedas en Tailandia.

Sin embargo, Bello es lo bastante realista como para darse cuenta de que estas propuestas encontrarán una dura resistencia por parte del orden dominante. De ahí su llamamiento a un «sistema de gobernanza global» alternativo, que no consistiría en un único conjunto de reglas globales inflexibles, ya que ello no haría más que reproducir las iniquidades del sistema actual, sino en un conjunto de planes descentralizado y pluralista. En el ámbito internacional, Bello considera que el profundo y auspiciado debilitamiento de las instituciones de Bretton Woods se vería contrarrestado por el enorme reforzamiento de organismos como UNCTAD y OIT y el aumento del ámbito de actuación y el poder de los acuerdos

multilaterales. Los bloques regionales son una segunda componente vital de la perspectiva de Bello, pero aquí los modelos no son la UE, el ASEAN o el Mercosur, que han favorecido sistemáticamente los intereses de las elites locales; en su lugar, el autor propone asociaciones económicas formadas a partir de un impulso democrático de base, que no sólo involucre a los gobiernos y al sector privado, sino también a los movimientos sociales y a las organizaciones de la sociedad civil. Estos bloques regionales incorporarían mecanismos que permitan poner en común tecnología, capital y rentas para evitar la consolidación de desigualdades entre sus miembros. El objetivo, incluso en el seno de tales acuerdos multies-tatales, consistiría en restituir el proceso de toma de decisiones al ámbito de las comunidades, asegurando el grado más alto posible de participación democrática y de autonomía económica. Bello propone también la creación de un organismo internacional que proteja a las numerosas economías autóctonas que ya funcionan con arreglo a tales principios.

A lo largo de *Deglobalization*, el principal interés analítico de Bello son las instituciones internacionales, lo que nos ayuda a comprender que éstas sean los primeros objetivos de la ofensiva propuesta. Sin embargo, otros autores han sostenido que las políticas del FMI, el Banco Mundial y la OMC indican una tendencia mucho más profunda hacia la privatización y la mercantilización, y que es este desplazamiento subyacente, así como las estructuras a cuyo través ha sido implementado, lo que es preciso abordar. Movimientos tan distintos como los Sem Terra en Brasil, el Foro Contra la Privatización en Sudáfrica y la Coordinadora del Agua y de la Vida en Bolivia se han movilizad reivindicando medidas tales como las defendidas por Naomi Klein y Patrick Bond, que darían marcha atrás a la destrucción de las «tierras comunales» devolviendo el agua, la electricidad, el patrimonio genético, los pastos o las tierras sin cultivar para su administración pública. Sorprendentemente, Bello –tal vez por razones de espacio– no se extiende sobre la forma de hacer retroceder la marea de las privatizaciones o sobre cómo reclamar a las corporaciones lo que han saqueado al dominio público.

Cabría plantear numerosas cuestiones partiendo de la afirmación inaugural de Bello según la cual asistimos a una inminente crisis de estabilidad del capitalismo mundial, la mayoría de las cuales debería centrarse en la cuestión de si sobreestima la gravedad de esa crisis y de si la legitimidad del orden actual ha sido puesta en tela de juicio hasta tal punto. A fin de cuentas, el FMI, el Banco Mundial y la OMC han atravesado sin cambios una serie de desastres; el predominio militar estadounidense permanece idéntico; y las corporaciones continúan encabezando la marcha en pos de la mercantilización del globo. Mientras que la perspectiva de Bello acerca de la condición del sistema actual está abierta a la discusión, su crítica histórica deja también numerosas cuestiones sin abordar. Por ejemplo, apenas se trata en el libro la cuestión del carácter divergente de distintos Estados poscoloniales y del Tercer Mundo –claramente representativos, autoritarios o de otro tipo– y, por consiguiente, recibimos pocas indica-

ciones en lo que atañe a los obstáculos que podrían presentarse en el camino de la redistribución. ¿Cabe esperar de veras que los Estados se pongan del lado de las clases populares a expensas de sus burguesías nacionales? Las propuestas de Bello podrían reforzar la influencia de los trabajadores y los campesinos, pero ¿transformarán el aparato del Estado? Bello también subestima el problema de las relaciones interestatales en el mundo capitalista: por ejemplo, ¿hasta qué punto Japón y China estarán dispuestos a cooperar en los planes económicos regionales? ¿Hay alguna garantía de que los pueblos del mundo estén mejor representados por las nuevas instituciones propuestas por el autor que por sus predecesoras? Bello tampoco aborda la cuestión de las reparaciones que habrán de ser satisfechas como reconocimiento del legado económico del colonialismo, a la par que proporciona pocas claves en lo que atañe al modo en que los Estados más débiles del Sur pueden resistir a la depredación del Primer Mundo en este momento.

A lo largo de todo su trabajo de exposición de la marginalización del Sur, Bello ha insistido en todo momento en los medios coercitivos utilizados para garantizar la dominación del Norte. Sin embargo, éstos están extrañamente ausentes de su proyecto de un orden mundial alternativo. Su programa implica la desconexión de las estructuras locales y regionales de toma de decisiones del ámbito de influencia directa estadounidense; sin embargo, ¿cómo puede hacerse realidad un sistema tan descentralizado contra los deseos de la potencia hegemónica estadounidense? El viaje que Bello hizo a Bagdad en marzo pasado para oponerse a la inminente invasión estadounidense indica que es plenamente consciente del elemento de la fuerza en el imperio estadounidense. Su penetrante análisis sienta los principios a partir de los cuales ha de elaborarse una alternativa radical y proporciona una importante contribución a las discusiones acerca de las formas que ésta debe cobrar. Sin embargo, sus estrategias para detener el impulso de la globalización promovida por las corporaciones han de ser compensadas por una agenda igualmente clara para quebrar las herramientas gracias a las cuales se mantiene la hegemonía estadounidense.